

y mientras recitaron el santo rosario entre las plegarias que entonaron los niños de coro de la Insigne Colegiata, cuántas lágrimas, cuántos sollozos, cuántos recuerdos de familia: la sencillez cristiana y filial gozándose en el regazo de su dulce y cariñosa Madre, Santa María de Guadalupe!

Así fué como nuestros hermanos con mayor mérito que los que no menos dichosos hicimos la peregrinación el 30 de Junio, prepararon, por decirlo así, la audiencia solemne y oficial que la Reina de los ángeles concedió á su amado pueblo de Querétaro.

La peregrinación verificada por medio de los trenes de recreo se cumplió bajo el mismo programa que en años anteriores, con la grata novedad de que en esta vez el Illmo. Sr. Obispo pudo presidir personalmente al grueso de peregrinos con las respectivas comisiones del I. y V. Cabildo, Seminario y demás colegios y asociaciones religiosas y de carácter mutualista.

Era de esperarse, como en efecto aconteció, un viaje en todo próspero.

Aquí suspendemos nuestra narración para insertar la siguiente que acabamos de recibir, dándole éste y no otro lugar por ser fiel y autorizada rectificación de la nuestra que ya no pudimos retirar de la prensa.

RESEÑA

De la Peregrinación de á pie, hecha por su Presidente el Sr. Cura D. José M. García.

Para no repetir en cada uno de los párrafos, en que diré á V. S. Illma. lo ocurrido en cada día, daré luego noticia de lo que fué invariable en todos hasta nuestra llegada al Tepeyac.

A la hora de levantarnos unos cuantos peregrinos entonaban devotos y sencillos cantos á Dios nuestro Señor y á su Madre Santísima para despertar á los demás, éstos respondían á aquellos en la misma tonada. Al momento de partir uno se encargaba de ir adelante de todos con un estandarte que ostentaba en una de sus faces á la Virgen de Guadalupe bajo un pabellón formado de los colores patrios, y por la otra una composición con caracteres de oro que decía:

Naciones todas, que en pompa vana
Ostentais vuestros triunfos y grandeza,
Vuestra cultura y timbres de nobleza,
Brillo esplendente de la gloria humana,

A México venid, es tierra indiana
Colmada de tesoros y belleza;
No cifra su gloria en la riqueza;
Sino sólo en su gran Guadalupana.

¿A que nación le dió la Virgen pía
Como prenda de amor su imagen pura....?
Sélo á los hijos de la patria mía,

Que hoy exclaman en himnos de ternura:
¡Viva México, patria de María!
Nación feliz de sin igual ventura.

Año de 1892.

Coronaba al estandarte una cruz dorada que recordaba á los peregrinos el espíritu de penitencia con que debían sufrir los trabajos que iban sintiendo en el penoso viaje en honra de la Virgen mexicana. Durante el camino nos ocupábamos en ir rezando y entonando alabanzas á la Madre de Dios, hasta ponernos al pie del altar de la iglesia ó capilla del lugar en que debíamos descansar; orábamos un rato y procedía inmediatamente á instalarlos en los departamentos que de antemano estaban ya preparados; volvía al lugar sagrado á oír las confesiones de los peregrinos, que estaban ya dispuestos. Al caer la tarde todos nos reuníamos allí para rezar la última parte del Rosario, las oraciones y lectura histórica de la Santísima Virgen de Guadalupe, que señala su novena para cada día, les dirigía una plática moral, seguían despues cánticos religiosos y finalmente los despedía dándoles la bendición en nombre de Nuestro Señor Jesucristo: todo esto era de ordinario.

En cuanto al número de peregrinos, puntos de parada, generosidad y piedad cristianas con que aquellos eran recibidos, horas de llegada y despedida de dichos lugares, orden y docilidad de todos los miembros de la peregrinación, los referiré á V. S. Illmo. de la manera siguiente:

El primer día, 20 de Junio, llegamos á la hacienda de «Coyotillos» á las nueve de la mañana, donde fuimos recibidos muy bien por el Sr. Administrador de ella; permanecimos allí hasta las dos de la tarde, hora en que salimos para Arroyoseco. Antes de pasar adelante, la gratitud no me permite pasar en silencio lo que unos caritativos hermanos nuestros hicieron por nosotros en este lugar. Hay una ran-

chería conocida con el nombre de la «Peñuela,» de donde partieron hombres y mujeres á salirnos al encuentro con comidas, recorriendo cerca de cuatro leguas bajo los rayos abrazadores del sol; porque no hallándonos en el «Ahorcado», se pasaron á esta hacienda, donde llenos de gusto distribuyeron entre nosotros cuanto traían, pidiendo únicamente por recompensa no los olvidáramos cuando estuviéremos en torno de nuestra Augusta Madre. Illmo. Señor, ¿podría uno quedar con los ojos secos al ver tal desprendimiento y sacrificio de aquellos pobrecitos, considerando los trabajos que pasan para conseguir el pan de cada día? Todos les dimos las debidas y más expresivas gracias; y se despidieron pidiendo la bendición muy contentos por haber socorrido á sus hermanos en la fé. Menos tuvieron que recorrer otros pobres de las haciendas llamadas «San Vicente» y el «Coyote,» pero el mismo espíritu los guiaba en busca nuestra; llegaron al mismo lugar y con los semblantes llenos de alegría como si vieran á toda su familia reunida, nos obsequiaron de la misma manera que los primeros. Al ver esta conducta de tan piadosos católicos no nos acordábamos de los trabajos que habíamos pasado en el camino, ni sentíamos el cansancio, no obstante haber andado como once ó doce leguas. Salimos de aquí á las dos de la tarde.

Llegamos á Arroyoseco á las cinco de la tarde del mismo día, siendo recibidos ritualmente por el Sr. Pbro. D. Valentín Velázquez encargado de la Vicaría de ese lugar perteneciente á la Parroquia de San Juan del Río; terminado el acto religioso dió hospedaje á todos los peregrinos en su casa habitación, y por la

noche los obsequió con una abundante cena. Salimos de aquí á las cuatro de la mañana del día siguiente para la hospitalaria ciudad de San Juan del Río.

Llegamos á dicha ciudad á las nueve de la mañana del mismo día 21 de Junio. En la «Venta del Refugio» estuvieron esperándonos por grande rato el Sr. Pbro. Br. D. Braulio M. Guerra, digno Párroco de esa ciudad y el Sr. D. Manuel Delatorre para recibirnos y conducirnos al paraje que el primero nos había preparado dentro de la población; más por tener que predicar en esa hora en la Iglesia del Sagrado Corazón, no pudo permanecer más tiempo para conseguir el fin que se había propuesto. Como yo me había adelantado para ordenar todo lo necesario á la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, me recibió afablemente y expresó su sentimiento que tenía por no recibir á todos los peregrinos. Poco despues llegaron estos y asistieron al incruento Sacrificio del Altar, el cual terminado, se retiraron á la casa de hospedaje que antes dije. Pocos momentos despues llegaron con el Pbro. D. Vicente Acosta, cincuenta y tres peregrinos de Colón. Me abstengo de referir á V. S. Illma. el viaje que emprendieron de la Villa dicha á esta ciudad, porque él ya lo comunicó á V. S. Illma.

Llegada la hora de comer las dos casas de hospedaje fueron completamente invadidas por gente de la alta sociedad, como de la más humilde. Aquella no se desdeñaba de andar sirviendo con sus propias manos al cansado peregrino, ni esta sentía desprenderse del único bocado para su sustento por obsequiarlos. Sería demaciado difuso, Illmo. Señor, si refiriera todos y cada uno de los favores que aquella gente emi-

nenientemente caritativa nos dispensó; únicamente diré á V. S. Illma. que hubo de sobra comida para más de ciento cincuenta personas, debido todo esto á la generosidad de innumerables personas de esa ciudad cuyos nombres ocultaron. Ofenderé la modestia; pero la gratitud y el buen ejemplo me forzan á manifestar los nombres siguientes: el del Sr. Pbro. Br. D. Braulio M. Guerra y los de el Sr. D. Manuel Delatorre y el de el Sr. D. Esteban Sánchez, que sobresalieron á los demás en su desprendimiento. No me ha sido posible saber el de unas piadosas y caritativas señoras que se presentaron en medio de todos: una con una olla de caldo de frijoles y una canasta de tortillas, llena de vergüenza pidió dispensa por la pobreza y cortedad de su ofrenda, é inmediatamente la distribuyó entre los peregrinos; otra que ni esto tenía, ofreció sus brazos para traerles agua en compañía de una niña como de cinco ó seis años, grande servicio prestó; pues el agua se encontraba á distancia considerable, y otra por la noche les repartió á todos los peregrinos media cajetilla de cigarros á cada uno. Estos pormenores, Illmo. Señor, los he referido por el espíritu de caridad que animaba á estas pobrecitas.

A los primeros albores de la mañana del día siguiente, 22 de Junio, abandonamos la ciudad de imperecederos recuerdos; y llegamos á las ocho y media de la misma á la hacienda llamada el «Cazadero», donde fuimos recibidos muy cortesmente por el Sr. Administrador de ella. Aquí celebré el Santo Sacrificio de la Misa y dí la Sagrada Comunión á varios peregrinos. A las dos de la tarde, despues de haber recibido las pruebas más grandes de verdade-

ro amor de los pobres de este lugar, emprendimos el camino para el pueblo de Polotitlán.

Al ocultarse el sol llegamos á dicho pueblo, siendo alojados los peregrinos, unos en casas particulares y otros en un Mesón gratuitamente por influencia del respetable Sacerdote, cuyo nombre no conservo en la memoria, que tiene á su cargo esa Vicaría. Al otro día 23 de Junio, celebré Misa solemne por ser la octava de Corpus, dignándose acompañar de Epístola dicho Sacerdote, y de Evangelio el Sr. Pbro. D. Simón Tadeo Herrera, Vicario de la Parroquia de Tolimán. Serían las ocho de la mañana cuando nos dirigimos á la hacienda de Arroyozarco, distante como ocho leguas del pueblo dicho.

A las cuatro de la tarde llegamos á la referida hacienda en medio de una fuerte lluvia. No extrañará V. S. Illma. que en este lugar hayan faltado las demostraciones de cristiano afecto, que hasta entonces habíamos recibido en los distintos puntos de nuestra ruta; pues como bien sabrá V. S. Illma. el protestantismo tiene aquí adeptos y la indiferencia religiosa les dá la mano; por consiguiente el catolicismo está condenado á guardar silencio

En este lugar fué donde más, que en cualquier otro, dieron los peregrinos evidentes pruebas de la verdadera fé que profesaban. Guardaron silencio á las burlonas palabras que algunos hombres inmorales les dirigieran. Con resignación se guarecieron bajo los techos que servían de albergue á los caballos. Conservaron el orden, que intentaron perturvar algunos hombres de espíritu perverso, que al peso de la noche entraron dando voces y fingiendo que seguían un perro del mal Caminaron por su pie llenos

de tranquilidad en busca del alimento, que caritativas mujeres que lo llevaban por el sólo hecho de ir á vendérselos, fueron obligadas á retroceder, diciéndoles: «*que vayan á buscar qué comer como todo hijo de vecino*» Finalmente, evitaron todo aquello que pudiera servir de pretexto á la impiedad para insultar á nuestra Sacrosanta Religión y ultrajarla en sus personas.

Al otro día 24 de Junio despues de la celebración de la Misa, nos pusimos en camino para San Francisco Tula á las cinco de la mañana, á donde llegamos á las cuatro de la tarde, siendo recibidos ritualmente por el virtuoso Sacerdote encargado de la Vicaría de ese lugar, quien se dignó proporcionarnos casa en el centro de la población y cartas de recomendación para los pueblos de Tepeje del Río y Tepozotlán. Al día siguiente 25 de Junio, despues de ofrecer al Eterno Padre la Hostia pura, la Hostia santa, la Hostia inmaculada, y alimentar con ella las almas de muchos peregrinos, salimos á las cinco de la mañana para el primero de los pueblos dichos.

Bajo un hermoso cielo, y sobre una alfombra matizada con flores naturales formada por nuestros hermanos en la fé para recibirnos, entramos á este pueblo á las cuatro de la tarde, siendo saludados con alegres repiques, por nuestra feliz llegada: llegamos luego á la Iglesia donde nos recibieron dos Sacerdotes de ese pueblo. Al día siguiente 26 de Junio, despues del Santo Sacrificio de la Misa nos separamos de dicho pueblo.

A las cuatro de la tarde del mismo día entramos al pueblo de Tepozotlán llevando descubierta la Virgen Indiana, que habíamos tenido que ocultar en los

dos anteriores puntos de posada. Al llegar al atrio fuimos recibidos con alegres repiques y armoniosa orquesta, que dejó de tocar hasta la entrada de todos los peregrinos en el templo, donde delante del Divinísimo Señor Sacramentado, que estaba manifiesto, entonamos el himno de los Gloriosos Obispos de Hipona y de Milán, con que la Iglesia termina el rezo de los Maitines del Oficio Canónico.

Terminado el acto religioso, nos hospedamos en el antiguo ex-Colegio de los hijos del Glorioso San Ignacio de Loyola.

¡Quién había de imaginarse en época vireynal que en el presente año más de cien queretanos guadalupanos habían de hospedarse en un edificio levantado por la generosa mano de otro queretano eminentemente guadalupano, el Sr. Pbro. Br. D. Juan Caballero y Ocio, una de las mayores glorias de Querétaro!

Al día tercero de nuestra llegada á este pueblo, 28 de Junio, despues de la celebración de la Misa, nos dirigimos ansiosos á la meta de nuestro viaje, tantas veces suspirada.

Al pasar por la Estación del Ferrocarril Central, ubicada en terrenos de la hacienda llamada la « Lechería », el Jefe de ella nos obsequió con abundante desayuno al P. Herrera y á mí, y otra persona nos facilitó gratuitamente un mulo y dos asnos hasta la hacienda de Santa Cecilia.

A las cuatro y media de la tarde de este día llegamos á la simpática é inolvidable Villa de Santa María de Guadalupe en medio de un fuerte aguacero, luego entramos al templo donde se venera la Sagrada Imagen, derramando al pie de su altar nuestros corazones

como el agua; nuestros ojos no podían fijarse en Ella por estar convertidos en fuentes de lágrimas y tartamudeaba nuestra lengua al rezar el Santísimo Rosario: lo que allí sentía el corazón no es posible describirlo.

Despues embargados por un no sé que misterioso, subieron los peregrinos con mucho orden la santa colima del Tepeyac á tomar alojamiento en la casa contigua á la Iglesita que en ese lugar se encuentra. Este alojamiento nos lo proporcionó el Sr. Pbro. D. Manuel García Corail, Canónigo de la Colegiata de esa Villa y Cura de la Parroquia de la misma.

Al día siguiente bajaron todos á asistir al Santo Sacrificio de la Misa, en que gran número de ellos recibieron la Sagrada Comunión.

Como cada uno de ellos podía separarse eligiendo más cómodo local, los puse en libertad recordándoles la tercera condición que V. S. Illma. puso en el aviso de la *Peregrinación de á pie*; pero no aceptaron la oferta; unos por guardar recogimiento y confesarse, y otros por mantener la unión en el cuerpo que formaban; por esto permanecieron en dicha casa hasta el día de su regreso para los distintos puntos de dondó habían salido.

Estos son los desaliñados apuntes que la sólo obediencia ciega que rindo á V. S. Illma. como á mi Prelado y Padre me ha obligado á trazarlos, seguro de que vuestra bondad característica dispensará las mil imperfecciones que contienen.

Al día siguiente de nuestra llegada á México, 1º de Julio,—continuando nuestro relato

interrumpido—el Illmo. Sr. Obispo celebró el Santo Sacrificio en el altar mayor del Templo de Capuchinas de la Villa, donde actualmente se venera la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe; los demás Sacerdotes del séquito de S. S. Illma, á su vez, hicieron lo mismo en otros altares de la misma Iglesia. Por la tarde de este día, varios de los Sres. Sacerdotes peregrinos administraron el sacramento de la penitencia á nuestros hermanos que no pudieron recibirlo en Querétaro.

Amaneció, por fin, el 2 de Julio de 1892! Muy de mañana los peregrinos, cerca de mil, se dirigieron á la Iglesia de Capuchinas cerca de la Colegiata. El Illmo. Sr. Camacho los recibió con toda solemnidad en la puerta del Templo, acompañado de la comisión de su I. y V. Cabildo y de su amado Seminario. Era las seis y media precisamente cuando el excelente y digno Sr. Cura Párroco de Ixtlahuacan del Río, de la Archidiócesis de Guadalajara, por distinción que le mereció su fervor guadalupano, tomó el estandarte tricolor de la Diócesis, y se adelantó para abrir la solemne entrada de la Peregrinación. Seguían á éste Señor la Capilla queretana, los jovenes seminaristas en traje de riguroso uniforme, después el clero y, por último, el Illmo. Sr. Obispo acompañado de los Sres. Canónigos D. Florencio Rosas, y D. Esteban G. Rebollo.

Un momento después, el coro mixto de cuarenta y cinco voces alternó con el pueblo el cántico que nos enseñaron nuestros padres para ensalzar á Nuestra Madre María Santísima en nuestros regocijos, y en tiempo de nuestras grandes affixiones.

Pues concebida
Fuiste sin mancha,
¡Ave María,
Llena de gracia!

Repitiendo con alegría santa esta devota salutación, y con ternura creciente, fueron acercándose el Illmo. Sr. Obispo y su pueblo hasta caer de hinojos á los pies de Nuestra dulce Madre Santa María de Guadalupe. Así nos recibió la Santísima Señora, por la séptima vez, y acogió, lo esperamos, en un sólo acto las alabanzas y oraciones de todo un pueblo que con su amado Pastor cifra todas sus esperanzas y consuelos en la que ha querido llamarse Madre de los mexicanos. Este acto tiernísimo que de año en año deja en nuestro corazón imperecederos recuerdos, terminó con la bendición del Illmo. Sr. Obispo y la comunión general.

“A las nueve comenzó la solemnísimá función, celebrando de Pontifical el mismo Illmo. y Rmo. Sr. Camacho, siendo asistentes sus expresados dos Canónigos: el Sr. Pbro. D. Flo-

rencio Rosas, Rector del mencionado Seminario, y el Sr. Pbro. D. Esteban G. Rebollo. Asistieron también revestidos de capas por la solemnidad del día, cuatro miembros del V. Cabildo de la Colegiata: el Sr. Canónigo D. Fortino H. Vera, y los Sres. Prebendados D. José María Cobos, D. José María Pérez López y D. José de Jesús Mota. ”

“Encargado del panegírico el joven Pbro. D. Trinidad Cervantes, Maestro de aposentos del Seminario Conciliar, nada dejó que desear. Tomó por texto estas palabras de la Madre del Bautista á la Inmaculada María:

«¿Dónde á mí tanta dicha que la Madre de mi Señor venga á mí?» Aplicados á la Maravillosa Aparición Guadalupana con aquella unción que da la fé nacional en el milagro, sólo careciendo de corazón mexicano podía quedar ojo enjuto. Prorrumpió todo el auditorio en aquel llanto que produce siempre la palabra divina, pronunciada con celo verdaderamente apostólico.”

“El Orfeón pudo muy bien competir con el de renombradas Basílicas. Dirigido por el muy inteligente Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velazquez, tomaron parte en él cuarenta y cinco voces, que con la gravedad de su acento imprimían la más profunda devoción.”

Por la tarde se hizo un piadoso y solemne ejercicio en el que el Sr. Magistral Pbro. D.

Florencio Rosas recitó con el pueblo el Santo Rosario, y se concluyó con la *Salve* que entonó el Sr. Canónigo D. Esteban G. Rebollo; habiendo asistido á todo el acto el Illmo. Sr. Obispo.

“Y como si todo esto no bastara á la Peregrinación queretana para dejar imperecederos recuerdos, el día 3 celebró en el altar guadalupano su primera Misa un Sacerdote de aquella Diócesis, asistiendo el mismo Sr. Obispo. Fueron padrinos de altar del Sr. D. Tomás Maciel, que así se llama el nuevo Presbítero, los Sres. Canónigos Rosas y Rebollo; y de agua D. Manuel Orvañanos y D. Ventura Ruiz.”

“Sumamente satisfecho debe estar Querétaro con estos testimonios de piedad y acendrado patriotismo de su M. V. é Ilustre Pastor y de cuantos, escuchando su autorizada voz ocurrieron á la Madre Santísima de los mexicanos, seguros de alcanzar de ella todo género de bendiciones.” *Voz de México, Tom. XXIII, Núm. 152.*

El día 4 la mayor parte de los peregrinos regresamos á Querétaro llenos de contento y dulce satisfacción, publicando cada uno á su manera los señaladísimos favores que la Santísima Virgen siempre nos dispensa; con más ánimo para resistir á los enemigos jurados de nuestra prosperidad cristiana; alentados aunque día con día se atize, hasta con procedimien-

tos ruines y cobardes, la guerra sorda á todo lo que nuestra Iglesia de Querétaro emprende para el mejoramiento de la sociedad.

Ya en Querétaro, el Sr. Gobernador de la Sagrada Mitra, Canónigo D. Francisco Figueroa, ofició una Misa solemne en la Iglesia de la Congregación, el día 8, en acción de gracias á la Santísima Virgen de Guadalupe, por todos los beneficios recibidos en tan inolvidable peregrinación.

Mucho debimos en finura de atención y buenos servicios al personal del I. y V. Cabildo de la Colegiata, singularmente al Sr. Pbro. D. Manuel García Corail, Canónigo de la misma y Párroco de la Villa, y á otras muchas personas de la Capital cuyos nombres no pudieron llegar hasta nosotros. A tan digno y respetable cuerpo de la Colegiata, pues, y á las estimables personas aludidas, con toda la sinceridad de nuestra alma consignamos en estas líneas un voto público de profundo agradecimiento. Por igual motivo manifestamos nuestra gratitud al Sr. Lic. D. Sebastian Larrondo y á las demás personas de nuestra sociedad que de una ú otra manera contribuyeron al mejor éxito de nuestra peregrinación.

Oh María! Tú que ves en la esencia divina el destino de las naciones, conoces el que la Sabiduría infinita ha reservado para nuestra

pobre patria, y para este rincón de ella que se llama Querétaro. Al poner fin á esta breve reseña, bien lo sabes, sin haber tenido calma ni tiempo conveniente, elevamos á tí nuestro corazón agradecido, y nos atrevemos á pedirte, á nombre de nuestros hermanos, que ya que, como nación, la nuestra ha sido una de las más desgraciadas víctimas del espíritu del mal en los tiempos modernos, no nos abandone tu misericordia; y que mientras la justicia divina castiga nuestros delitos sociales con públicas calamidades, la Fé y el espíritu cristiano se mantengan incólumes en el recinto querido de nuestros hogares! ¡Consígalo así tu poderoso valimiento!

HIMNO GUADALUPANO.

—«(o)»—

•*CORO*•

Mexicanos un himno cantemos,
De la Virgen gloriosa en honor,
Y su imagen gloriosa adornemos
Con azahares de plácido olor.

I.

Orne ¡oh Patria querida! la Virgen
Con guirnaldas de olivo tu frente,
Y tu Arcángel, por triunfo esplendente,
La discordia vencida te dé.